BEATRIZ OSÉS

ERIK VOGLER

LA VENGANZA

ERIK VOGLER

LA VENGANZA

edebé

ERIK VOGLER

LA VENGANZA

BEATRIZ OSÉS

edebé

© Beatriz Osés García, 2019
© de la edición: Edebé, 2019
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Dirección de Publicaciones: Reina Duarte
Diseño de la colección: Book & Look
© Ilustración de portada: Iban Barrenetxea

1.ª edición, noviembre 2019

ISBN: 978-84-683-4537-6
Depósito legal: B. 17329-2019
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la Ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos – www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A todos los que han hecho
posible que estos personajes existan.

Agradecimientos: a mi editora Reina Duarte por su confianza y sus ánimos; a Mikel Santamaría del Castillo, responsable de Comunicación de la Policía Foral de Navarra, y a Rafael Teijeira Álvarez, director del Instituto Navarro de Medicina Legal, por sus orientaciones; a Pedro y a mi padre, por sus consejos y apoyo; a Iban, por sus maravillosas cubiertas, que reflejan de forma tan acertada la personalidad de Erik Vogler; a Valentín y Pachi, por estar siempre a mi lado; a los lectores que han seguido y siguen esta saga tan friki; y, por supuesto, a los profesores y maestros que «dan de leer», como decía Pennac.

ÍNDICE

Capítulo I. Cementerio de Riensberg 11
Capítulo II. La hoja de metal 17
Capítulo III. Cloé en Bremen 19
Capítulo IV. Ni un minuto para el amor 21
Capítulo V. El agente Haider 25
Capítulo VI. Una noche con Albert 27
Capítulo VII. Extraña pareja 29
Capítulo VIII. Una joven misteriosa 33
Capítulo IX. La promesa de Albert 35
Capítulo X. Un plomo enamorado 37
Capítulo XI. ¿Qué sabes de Cloé? 41
Capítulo XII. ¡Déjalo en mis manos! 43
Capítulo XIII. Un pequeño favor 45
Capítulo XIV. Un telescopio para Berta 51
Capítulo XV. Ataque en el archivo 55
Capítulo XVI. La sombra del pasado 59
Capítulo XVII. Yo me piro 61
Capítulo XVIII. Ilse en el espejo 65
Capítulo XIX. Doble asesinato 67
Capítulo XX. La autopsia 71
Capítulo XXI. El forense invisible 75
Capítulo XXII. No soy un paranoico 79
Capítulo XXIII. La advertencia de Bergmann 83
Capítulo XXIV. In fraganti 87
Capítulo XXV. Una enfermera sospechosa 89
Capítulo XXVI. Espías 93
Capítulo XXVII. Las exigencias de Erik 97
Capítulo XXVIII. Tú eres el caso 99
Capítulo XXIX. Encerrados en la *suite* 101
Capítulo XXX. Tocata y fuga 105
Capítulo XXXI. Vértigo 109
Capítulo XXXII. La decisión de Gleiber 113

Capítulo XXXIII. Ermordet 115
Capítulo XXXIV. El hombre de negro 119
Capítulo XXXV. ¡Soy inocente! 123
Capítulo XXXVI. Mentiras 127
Capítulo XXXVII. Las sospechas de Zimmer 129
Capítulo XXXVIII. Caso Adler 131
Capítulo XXXIX. Envío urgente 135
Capítulo XL. El maletín misterioso 139
Capítulo XLI. El francotirador 143
Capítulo XLII. Un taxi, por favor 147
Capítulo XLIII. Pensión tremebunda 149
Capítulo XLIV. Un panorama desolador 153
Capítulo XLV. Muertos de hambre 157
Capítulo XLVI. Buena suerte 159
Capítulo XLVII. Buscando a Vogler 161
Capítulo XLVIII. Avería inesperada 163
Capítulo XLIX. La reacción de Cloé 165
Capítulo L. Sin cabeza 167
Capítulo LI. Hallazgos y sorpresas 171
Capítulo LII. Erik enamorado 173
Capítulo LIII. Una desagradable sorpresa 175
Capítulo LIV. La pesadilla 177
Capítulo LV. La locura de Erik 179
Capítulo LVI. Estaca en el corazón 181
Capítulo LVII. El susto del basurero 183
Capítulo LVIII. Desolado 187
Capítulo LIX. Exprésate 189
Capítulo LX. Tolkien entra en acción 193
Capítulo LXI. Hertz al límite 195
Capítulo LXII. Te lo dije 199
Capítulo LXIII. El trato 205
Capítulo LXIV. El error de Haider 207
Capítulo LXV. *La Rose Rouge* 209

Capítulo I

Cementerio de Riensberg

Nunca habían visto un hombre tan peludo. Además de la barba poblada y de una abundante cabellera rizada y grasienta, una sola ceja oscura cruzaba su rostro y ensombrecía aún más su mirada. A Vogler le parecía terrorífico que no se hubiera depilado el entrecejo después de lo que le había cobrado. Aunque, claro, no habría tenido tiempo suficiente para ir a un centro de estética. A fin de cuentas, todo se había precipitado.

Caminando con las piernas combadas, delante de ambos jóvenes, el sepulturero lanzó una especie de gruñido al detenerse frente a las dos tumbas del cementerio de Riensberg. Era una noche fría de luna llena. El hombre alumbró las lápidas con el candil de metal que portaba en su mano derecha. Después le pasó el farol a Vogler, tomó el pico con sus manazas agrietadas y se puso a cavar. Zimmer le ofreció ayuda y hundió la pala en la tierra húmeda. Al verlo, el enterrador giró su enorme cuello y esbozó un intento de sonrisa, como muestra de agradecimiento, que dejó entrever tan solo tres dientes ennegrecidos en la parte superior de la mandíbula.

–¿De verdad confías en este tipo? –le susurró Albert para que no los oyera.

–No hay más tutía –respondió con voz queda.

–Resulta un poco tosco, ¿no? –insistió Zimmer antes de sacar otra palada de tierra.

–No será muy fino, pero me ha costado un ojo de la cara –puntualizó mosqueado–. Y, además, ha añadido «un extra por riesgo y nocturnidad».

–¡Y parecía tonto, el amigo!

Vogler se mordisqueó los labios y se metió la mano izquierda en el bolsillo de su Pierre Rodin color azabache.

–Ya ves, el Yeti sabe lo que se hace. Me ha sangrado todo lo que ha querido y más. ¡Y encima me estoy helando!

Zimmer y el enterrador continuaron picando y cavando durante un rato. El segundo se maravillaba de la fuerza y la velocidad del joven que apartaba la tierra de las tumbas.

–¡¡Ya falta poco!! –anunció el hombre, que tenía un olfato especial para detectar féretros enterrados, dejando escapar pegotes de saliva entre los huecos de su boca.

El de la gomina fingió una sonrisa y asintió mirando al gigante peludo.

–¡Espero que, al menos –masculló–, con el dineral que le he soltado se arregle la dentadura, porque vamos…!

Albert lo interrumpió en tono de broma.

–¿Tienes un paraguas, Vogler?

–¡Qué gracioso! –ironizó–. Yo me quedo por aquí, no soportaría que me alcanzase un escupitajo de ese cavernícola. Sigue cavando y ayúdale a abrir los ataúdes. Al fin y al cabo, se trata de tus padres.

–¡Cuánta delicadeza!

–Oye –le advirtió encorajinado–, que te estoy ayudando en este caso y me estoy jugando el tipo.

–No disimules, Vogler –le cortó muy seco–. Los dos sabemos de sobra que solo lo haces para que me largue de tu casa.

–Un trato es un trato –una nueva bocanada de vaho salió de sus labios y flotó en el aire gélido de Bremen.

Erik carraspeó molesto. ¡Debería haberse puesto los calcetines térmicos! Con aquellos mocasines negros, no sentía los pies. Posiblemente sus dedos se estarían congelando dentro de los Lombartini. Arrugó la frente. ¡Pues claro que investigaba para que Zimmer se pirase! ¿Acaso iba a permitir que pululase alrededor de Cloé, que embaucase a su padre y que su abuela le quisiera poner su apellido?... ¡Nunca compartiría la fortuna familiar con un oportunista de colmillos afilados! ¡Nunca! ¡Tendría que pasar por encima de su cadáver! Bueno, para que se pirase y para salvar el pellejo, claro.

Vogler clavó los ojos en las siluetas del sepulturero y del joven que cavaba a un ritmo imparable. Unos cuarenta minutos después, ante la impaciencia del friki que no cesaba de dar saltos alrededor de las tumbas para entrar en calor, el Frankenstein de Riensberg soltó un gruñido victorioso:

–¿Qué ha dicho? –preguntó Erik subiéndose aún más las solapas de su Pierre Rodin al mismo tiempo que se acercaba con paso vacilante.

–Ha dado con algo –dijo Albert–. ¡Alumbra aquí!

–¿Es un ataúd? –se interesó.

–No, es un jarrón de la dinastía Ming.

Zimmer hizo un gesto de resignación. Desde luego, Vogler era un notas de cuidado.

–¡Dile que se dé prisa, que esto es ilegal! –le recordó.

–¡Cállate de una vez! –protestó Albert–. ¡Está intentando abrirlo!

Con sus manazas tapizadas por un manto de pelo negro, el sepulturero lanzó un alarido estremecedor y arrancó de cuajo la tapa del féretro. Tanto él como Zimmer, permanecieron enmudecidos. Vogler se aproximó más al hoyo profundo tapándose parte de los ojos con la zurda. ¿Qué

visión terrorífica lo estaría esperando allí abajo? Contuvo la respiración y, entre los dedos, sus ojos distinguieron el primer ataúd abierto.

–¡No hay nada! –exclamó Erik contrariado.

Zimmer lo miró con intensidad. Parecía decirle sin palabras que como siguiera en ese plan le iba a cortar el cuello. El enterrador volvió a farfullar unas palabras en un idioma desconocido. Continuó cavando y su pala no tardó en toparse con la segunda caja. Demostrando una fuerza bruta que intimidaba a Vogler, abrió el féretro bajo la luz del candil. Los tres se miraron descolocados. El otro féretro también se encontraba vacío.

–Sin cuerpos, no hay segunda autopsia –apuntó Erik.

–¿Dónde están mis padres? –murmuró Zimmer.

–¡Aquí no hay nada! –escupió el mastodonte lanzando paladas de tierra para cubrir de nuevo la fosa.

–¡Le he pagado por encontrar sus cuerpos! –replicó Vogler–. ¿Dónde están los cadáveres?

El gigante cesó de cavar y apretó la mandíbula igual que si fuera un cascanueces.

–Tú pagaste por desenterrar. Y yo desentierro.

–Es cierto –admitió el pijo para congraciarse con él–. Verá, necesitamos información.

–Tú pagas por información. Y yo informo. OK.

–¿Cuánto? –preguntó sacando su cartera.

El sepulturero sonrió y se frotó las manos.

–Más euros, más información.

–Este sabe latín –susurró Zimmer– y te va a pegar un sablazo.

–Le doy veinte euros –se aventuró Vogler.

El hombre dudó.

–Está bien –extendió la mano y se apropió del billete–. Pregunta. Yo informar.

–¿Esto es normal? –señaló las lápidas–. ¿Cómo puede ser que los féretros estén vacíos?

–No es frecuente, no.

Los dos jóvenes lo observaron con ansia.

–Es muy raro.

–¿Y? –preguntaron al unísono.

–Más euros, más información –les recordó.

–Te va a desplumar –le advirtió Albert–. ¡Déjame a mí, que me está hinchando las narices!

Sin más rodeos, el joven de mirada perturbadora lo agarró por el cuello y lo alzó varios centímetros sobre el suelo. El sepulturero *unicejo* se quedó lívido.

–¿Quién se llevó a mis padres? –inquirió.

–Yo no saber –confesó en tono lastimero–. Soy nuevo en el cementerio.

–¿Quién trabajó aquí antes que tú? –lo interrogó Zimmer.

–Todos los datos están en oficina.

–¡Pues ponte a buscarlos inmediatamente! –exclamó Erik aprovechando para quitarle el billete de veinte euros que le acababa de soplar.

–¡Vogler, ahora no! –le corrigió Albert antes de dirigirse a su presa–. Primero –ordenó al hombre–, cubrirás de tierra este agujero. No queremos levantar sospechas. ¿Verdad?

Erik y el sepulturero negaron con la cabeza como dos niños grandes. Zimmer aflojó la mano y dejó al mastodonte sobre el suelo húmedo de Bremen.